

EL REPORTERO



**Pruebas incriminatorias**  
Esta fotografía de Boix, que recoge una visita de Ernst Kaltenbrunner (izquierda) a Mauthausen junto a Himmler (centro), sirvió como prueba incriminatoria en el Juicio de Núremberg contra Kaltenbrunner y otros jefes nazis.

**Los ojos de la tortura y de los supervivientes**  
El reportero barcelonés retrató los cuerpos desnudos y desnutridos de los prisioneros, el trabajo despiadado en la cantera y, también, a los supervivientes tras su liberación, el 5 de mayo de 1945.



ban, un cántabro de Laredo que sobrevivió a Mauthausen. Allí se conocieron.

**2.000 imágenes robadas**

Boix era un joven alto, delgado, pálido, de pelo castaño y ojos claros, extrovertido y desenvuelto. Hijo de un sastre de izquierdas, se dejó contagiar pronto por la afición paterna a la fotografía. Con solo 17 años, se marchó de casa para poner su cámara al servicio de las Juventudes Socialistas Unificadas (JSU). En algún momento del gran éxodo del 39, a causa del fin de la Guerra Civil, emigró a Francia junto a los vencidos. Allí, como muchos otros, acabaría uniéndose a la Resistencia gala frente al delirio imperialista de Hitler. Capturado por los alemanes, en mayo de 1940 iniciaría su viaje al horror como deportado a Mauthausen. Lo haría junto a otros 9.000 españoles exiliados en Francia y entregados después por Franco a los verdugos germanos.

Su manejo de la cámara y su rudimentario chapurreo del idioma del Führer le hicieron útil en aquel tético lugar; primero, como intérprete a las órdenes de los nazis, y después, como fotógrafo en el servicio de identificación y documen-

tación del campo, junto a otros dos compatriotas. Los tres se dedicaron a retratar a los prisioneros y a los SS; a fotografiar muertos y suicidios; a recoger las visitas de la élite nazi –algo que resultaría esencial para la acusación en los juicios de Núremberg– y también a documentar el brutal aniquilamiento de los reos mediante el trabajo obligatorio llevado al límite de la resistencia humana. Ellos fueron quienes construyeron la carretera general y parte de su propia prisión. Muchos, a costa de transportar piedras de más de cuarenta kilos sobre sus espaldas. Dos de cada tres españoles dejaron su vida allí.

Boix nunca se acostumbró a su obediente ocupación como notario del espanto, pero aquella actividad le permitió una relación cercana con los SS que usó para recomen-

dar un mejor trato a sus compañeros y aliviar así sus penosas condiciones de vida. El 22 de junio de 1941, con el alba, los alemanes concentraron en un patio a los prisioneros. Desnudos. Permanecieron así, sin comer ni beber, hasta bien entrada la noche. En aquellas indignas condiciones, los españoles alumbraron el Partido Comunista en la resistencia. El objetivo, salvar al mayor número de camaradas. Hasta ellos acudió Boix para proponerles la operación secreta que llevaba tiempo tramando: esconder clichés para denunciar el genocidio en caso de que consiguieran esquivar los hornos crematorios.

Él mismo se ocupó de perpetrar los robos. Cogía tiras de negativos del archivo y las dejaba caer en algún punto del campo para que alguien las recogiera y llevara a la lavandería de desinfección, un área menos controlada por los alemanes. Otro preso se hacía cargo de ellas y las escondía en la carpintería, donde permanecían hasta que un grupo de adolescentes, hijos de republicanos a los que los na-

«Su memoria merece difundirse y también la de los 9.000 deportados republicanos»

La eternidad junto a Balzac, Chopin o Wilde

Cuando en 1817 el alcalde de París decidió trasladar a Père-Lachaise los restos de Molière y La Fontaine, la necrópolis que recuerda al confesor de Luis XIV se convirtió en la favorita de la aristocracia parisina. En la actualidad, más de dos millones de personas la recorren cada año para refugiarse del trepidante pulso de la ciudad o para buscar entre sus 70.000 tumbas las de Chopin, Delacroix, Camus, Proust, Balzac, Wilde, Petrucciani, Duncan, María Callas o Jim Morrison.

zis dejaban salir a trabajar en la pedrera de un pueblo cercano al no considerarlos políticamente peligrosos, ponía el delicado material a salvo. Una vecina de la zona se encargaba finalmente de ocultarlo tras la piedra de un murete del jardín de su casa.

Liberado Mauthausen el 5 de mayo de 1945, Boix recuperó los clichés de 2.000 espeluznantes imágenes y logró que algunas salieran a la luz. Un año después, las autoridades francesas le reclamaron como testigo para declarar contra la cúpula dirigente del Tercer Reich. En Núremberg se presentaron sus fotografías como pruebas determinantes para sostener las acusaciones. Boix afianzó su prestigio y trabajó para varias revistas y diarios, y viajó a Praga, Algeria, Budapest o Grecia hasta que, el 4 de julio de 1951, con sólo 30 años, una patología renal secuela de Mauthausen le llevó a un modesto campamento de los suburbios de París. Sería su penúltimo viaje. Casi 66 años después, Francia se cuadra ante el heroico reportero español.



Un gato patrulla el camposanto. :: J. SCHULTS